



# La Santa Sede

---

## ***DISCURSO DE SU SANTIDAD PABLO VI AL CUERPO DIPLOMÁTICO PARA LAS FELICITACIONES DE AÑO NUEVO\****

*Sala del Consistorio  
Sábado 28 de diciembre de 1963*

*Excelencias, queridos Señores:* La noche de Navidad nos ha reunido a todos junto al altar en una atmósfera de intimidad religiosa característica de esta fiesta incomparable. Hoy, la perspectiva de un nuevo año invita a un nuevo encuentro para el intercambio de los tradicionales votos: encuentro del Papa con los Representantes de las Naciones –en tiempo de Concilio– en vísperas de una Peregrinación a los Santos Lugares; circunstancias que acaba de evocar en términos delicados vuestro muy digno intérprete, y de las que a Nos, nos place tratar los rasgos providenciales que marcan esta aurora del año 1964.1. El Papa y las Naciones. La autoridad religiosa y moral rodeada de los representantes de la autoridad temporal, entregada con ellos no ya a una competición de potencia y de prestigio sino a un diálogo todo él impregnado de benevolencia y de cordialidad, animado todo él por el común y sincero deseo de hacer reinar más perfectamente entre los pueblos la lealtad, la justicia, el amor recíproco, la paz; he ahí, en verdad, un espectáculo muy sugestivo. ¡Y cuantas reflexiones más podrían hacerse sobre el número y variedad de naciones aquí representadas, sobre el lugar siempre dispuesto para acoger a los demás, sobre la seguridad dada a todas – a las recién llegadas lo mismo que a las antiguas – de ver en cada una su dignidad plenamente reconocida, respetada y honrada... Nos falta tiempo, pero estas breves observaciones bastan para hacer que lo comprendáis, Señores, cuán profundamente Nos somos consciente del alto significado que reviste ante Nuestros ojos vuestra presencia en este día aquí, junto a Nuestra humilde persona.2. Las naciones y el Concilio. Habéis sido testigos como otros muchos, pero de más cerca y con mayor privilegio, de esta inmensa concentración de los Obispos de vuestros países y del mundo entero. Se podía esperar que una asamblea de este género, en la que se discuten en latín puntos de doctrina o de disciplina eclesiástica, no llamara especialmente sobre ella la atención del gran público. Se ha producido todo lo contrario, como habéis visto al igual que Nos. Jamás, puede decirse, un acontecimiento religioso ocupó semejante lugar en el terreno de la información mundial. Este interés puesto en el Concilio por las autoridades lo mismo que por las poblaciones, se Nos presenta como un indicio alentador, que autoriza un razonable optimismo. Ciertamente, a menudo, la crónica se detiene en la descripción de los aspectos exteriores, secundarios, del acontecimiento; pone de relieve preferentemente su aspecto más o menos espectacular. Pero no es menos cierto que en el fondo y a pesar de las apariencias, el hombre moderno se revela

sensible al hecho religioso, se muestra interesado, tal vez intrigado, a su pesar, por lo espiritual, que parece curioso ante la actitud que la Iglesia católica va a adoptar ante ciertos grandes problemas humanos y morales. La Iglesia desea responder a tanta expectación de las almas y con el fin de ser cada vez mejor, conforme al ejemplo de su divino Fundador, una luz para las naciones –*lumen gentium*– procede a esta gran revisión, a esta actualización cuyas diferentes fases se desarrollan ante nuestros ojos. Al invitar a todos sus hijos, en el mundo entero, a entrar en este gran movimiento de renovación, es consciente de preparar en vuestros países, señores, ciudadanos de un valor moral y espiritual más alto, de un patriotismo más esclarecido, de un ardor más generoso y más sostenido al servicio de las grandes causas que interesan al bien común de la humanidad. Es consciente que de este modo trabaja para la eliminación de los malentendidos y de las oposiciones estériles entre las razas y los pueblos, y que contribuye a encaminar a los hombres, por los senderos de una verdadera y cordial fraternidad, hacia esa unidad y esa paz que hace poco invocaba vuestro Decano y de la que Nuestro Predecesor de venerada memoria, el Papa Juan XXIII, con acentos sin igual, indicó los caminos en su célebre Encíclica *Pacem in terris*.<sup>3</sup> Con ese mismo espíritu ha madurado en Nuestra alma la gran decisión que Nos hemos tomado y anunciado en el Concilio el 4 de diciembre último: la de irnos personalmente en peregrinación a los lugares eternamente sagrados donde Dios se reveló a los hombres. Nos lo dijimos ya en Nuestro radiomensaje de Navidad: este viaje será para Nos el de la profesión de fe, siguiendo el ejemplo de Pedro; el del ofrecimiento, conforme al ejemplo de los Magos; pero también el de la búsqueda y de la esperanza. Será, pues, un viaje de oración y de humildad, un acto puramente religioso, absolutamente ajeno a cualquier tipo de consideración de orden político o temporal; Nos es grato reafirmarlo aquí, ante un auditorio tan particularmente calificado como el vuestro. Nos estamos seguro de que sabréis usar de vuestra influencia, si fuera necesario, para contribuir a mantener en su pura luz espiritual este paso que Nos damos en nombre del Señor –*in nomine Domini*– y para impedir, en la medida de vuestros medios y de los de vuestros gobiernos, que se den interpretaciones que falsearían las verdaderas perspectivas. Dios Nos es testigo de ello; Nos no tenemos ante los ojos más que el bien de la Iglesia y de la gran familia humana al emprender el camino de esos lugares augustos en donde Cristo se revistió de carne humana y dio su vida para la santificación, la felicidad y la salvación de todos los hombres. No Nos queda, Excelentísimos y queridos Señores, más que ofrecer los votos que Nos formulamos por vosotros y por vuestras Patrias en el umbral del Año nuevo. Vivamente sensible a los que Nos habéis presentado en labios de vuestro Decano, de todo corazón Nos invocamos a Nuestra vez, sobre todos y cada uno de vosotros, sobre vuestras familias, vuestros gobiernos y vuestros países, en prenda de un año pacífico y feliz para todos los pueblos del mundo, la abundancia de las bendiciones divinas.

---

\*ORE (Buenos Aires), año XIV, n°594/595, p.2.